

## IV DOMINGO ORDINARIO "C"

3 y 4 de FEBRERO, 2019

En los últimos meses hemos sido testigos de un debate nacional sobre una muralla fronteriza en la frontera sur de nuestro país con México. Si bien no describe una estructura física, Jesús en el Evangelio de hoy enfrenta el problema de una muralla en dos niveles. En haciendo esto, Jesús nos llama a todos nosotros a reflexionar de qué clase de muralla podremos vivir detrás de ella, y de qué clase de muralla erigimos para mantener a los demás separados de nosotros.

Al llegar a su ciudad natal de Nazaret, Jesús entró en la atmósfera de aislamiento de la familia y la comunidad. Similares a las ciudades pequeñas de hoy, Nazaret fue para Jesús su "hogar" en el sentido de las palabras del poeta estadounidense Robert Frost "ese lugar donde tienen que acogerte". Una ciudad pequeña (o un barrio o una subdivisión particular en una ciudad más grande) puede ser igual que una muralla— a pesar de su familiaridad, la cercanía de su gente, puede sofocar la creatividad detrás de un fuerte espíritu de conformidad parecido a una muralla: "Siempre lo hacemos de esta manera. Todos pertenecemos a esta Iglesia. Todos votamos de esta manera". Sin duda, la palabra de Jesús había circulado desde las ciudades vecinas. La gente de Nazaret estaba orgullosa de su "niño local" y, por extensión, se deleitaba con su notoriedad. Habían oído lo que había hecho en Cafarnaúm y estaban convencidos de que él era una especie de profeta de Dios a punto de bañarlos especialmente a ellos con el favor de Dios. Y luego Jesús los confronta con su mentalidad y existencia amuralladas.

Jesús anuncia la bendición divina, no solo para aquellos de su ciudad natal, sino también para los gentiles, paganos, no creyentes, personas que no seguían los estrictos códigos de conducta moral y religiosa de los judíos. Para aclarar Su punto, Jesús usó historias de los profetas Elías y Eliseo, en donde Dios sanó e incluyó a personas que no formaban parte del pliegue habitual. Jesús proclama que la liberación y la salvación de Dios son más inclusivas y abundantes que las exclusivas, y de comprensión estrecha de la alianza que la gente de su ciudad en la sinagoga natal creían que Dios tenía con ellos. De repente, todo cambia.

Es interesante cómo la mente puede volverse rápidamente cuando no estamos de acuerdo con alguien. Podemos sentir que un Papa, un obispo, un sacerdote, un líder político, un maestro o un amigo son maravillosos hasta que ellos dicen o hacen algo que no es exactamente lo que creemos o en "la forma en que siempre lo hemos hecho". Entonces nos choqueamos y nos enojamos. Después de todo, es más cómodo y seguro congregarse con personas de ideas afines porque se siente uno mejor de formar parte de un grupo que entendemos y que creemos que también nos entienden a nosotros. Cuando alguien en quien sentimos que pertenece a nosotros, incluso Jesús, dice algo en contra o desafía nuestra tradicional forma de pensar o nuestro status actual, y a

menudo prontamente los confrontamos. Una cosa es que un extraño diga o haga algo divergente, pero un juego completamente distinto cuando este es uno de los nuestros.

Con la inaudita inclusión del mensaje de Jesús que desafió sus interiores y exteriores murallas emocionales, culturales y espirituales, la gente del pueblo de Jesús habían erigidos alrededor de ellos mismos una alegría inicial pero que se convirtió rápidamente en ira. Se volvieron ciegos por la indignación y no quisieron creer que la gracia de Dios no estaba sujeta a una lista parroquial de quién está dentro y de quién está fuera en términos de ser miembros en el Reino de Dios, la alianza de amor con Dios.

¿Cómo reacciono yo, cómo reaccionamos nosotros como una iglesia, una parroquia, ante el mensaje de Jesús? ¿Yo estoy, nosotros estamos tan enfocados en que yo/nosotros podemos creer como la bendición de Dios debería ser— solo para mí/nosotros— en que yo/nosotros perdamos la oportunidad de la gracia que Jesús nos brinda hoy a nosotros, como lo hizo ese día en Nazaret? El evangelio nos dice que la familia y los amigos de la ciudad natal de Jesús "se llenaron de ira" y "lo expulsaron de la ciudad a la cima de la colina la cual había sido construida con la intención de arrojarlo y matarlo" (Lucas 4: 28,29) ). ¿Cómo se atreve Jesús a decirles a ellos quién debe ser incluido? ¿Cómo se atreve Jesús a decirnos eso?

El famoso "Himno al amor" de San Pablo en la segunda lectura de hoy nos desafía a derribar las murallas de nuestras vidas. San Pablo se estaba dirigiendo a una iglesia, muy parecida a la Iglesia en la que vivimos hoy, confrontando todo tipo de facciones en la cual murallas espirituales y personales e animosidad se habían erigido entre el pueblo. La exhortación de San Pablo en las cualidades que marcan el verdadero amor para Dios vivido en amor al prójimo, quien sea y adonde sea ese prójimo, o cualquiera que este prójimo pudiera ser, ecos de desafío, y que nuevamente el poeta Robert Frost nos dice en su famoso poema "Remendando Murallas": "Antes de construir un muro, quisiera saber qué estoy amurallando dentro o amurallando fuera de esta, y a quién le estaría dando ofensa. Algo hay allí que no le gustaría una muralla, que la quiere derribar ".

Padre Jim Secora